

El Mercurio, Valparaíso, 11-VII-1946 p. c

El Cantar de Rolando

Una versión de Braulio Arenas (Ed. Nascimento)

Los orígenes de la poesía medieval son vagos, imprecisos, pero hay algo indiscutible: nace en el pueblo, brota de la evocación que las gentes humildes hacen de los grandes héroes y de sus proezas. En suma, es un arte en muchos sentidos anónimos, que se forma en los labios de la calle y repite y reitera, simbandolas de fantasía, los hechos históricos, las hazañas portentosas de sus caballeros.

Más tarde, sólo más tarde, esas leyendas poéticas, esos cantares brotados al calor del hogar rural o de la choza destaralada, repetidos por los juglares y diseminados por las ciudades, se articulan y organizan en creaciones épicas, en formas cultas y eruditas.

Así ocurre con "El Cantar de Rolando" o de Roldán, que es una de las manifestaciones iniciales de la lengua francesa y que pasa también por otras vías a la poesía hispánica.

Braulio Arenas, el poeta chileno tan ligado al suprarrealismo y a Vicente Huidobro, ha traducido a nuestro idioma el Cantar francés y lo ha hecho llevando a cabo una verdadera recreación estética. Porque, aparte de la pulcritud y hermosura del lenguaje, que guarda fidelidad estricta al original, se vale del alexandrino y reescribe el largo y laborioso poema en versos castellanos armoniosos, simples y transparentes. El texto original de que se vale, como lo indica en su detallada introducción, es el célebre manuscrito N° 23, del Fondo Digby, de la Biblioteca Bodleiana, de Oxford.

El tema del legendario Cantar es la lucha de los Ejércitos de Carlomagno contra los moros que ocupan España y tienen por escenario este país. La victoria francesa es continua, pero Zaragoza resiste con éxito y Marsilio, rey que, agotada casi por completo su capacidad de resistencia, ofrece al monarca de la "barba Florida", condiciones de paz, que se suponen arduas y buscadas sólo como una forma de alejar a las tropas carlomagnas. Roldán o Rolando, insiste en que la guerra debe llevarse hasta la exterminación del adversario. Otros estiman que es prudente enviar embajadores regios para escuchar las proposiciones de Marsilio. Rolando es designado para esta misión. Ganellón, casado con una hermana del Emperador y padrastro de Rolando, recibe el encargo de acompañarlo. Pero Ganellón es envidioso y guarda rencor porque se estima postergado por Rolando, de modo que más adelante se entiende con Marsilio y artera-

mente concierne el ataque a las fuerzas desprevenidas de Rolando, mientras cruzan el paso de Roncesvalles.

Lo demás es de sobra sabido. El ataque de cuatrocientos mil mahometanos contra veinte mil cristianos, culmina en una aniquilación casi total de estos últimos. En vano Rolando hace sonar su maravilloso cuerno, llamando en su auxilio a las tropas que se le han desprendido y adelantado. Cuando lleguen, será ya demasiado tarde. La venganza de Carlomagno es terrible y Rolando, caído bajo un pino, con el rostro vuelto hacia el suelo español, ve apagarse su existencia. Entra a la inmortalidad y, lo que es más, entrega su guante al Arcángel Gabriel y éste lo recibe como lo disponen las reglas de la alta caballería.

La versión de Braulio Arenas recoge toda la simplicidad y la llaneza del poema francés y se cñe con pliego dúctil y obediente al texto original, transponiendo el viejo Cantar a un lenguaje moderno terso y flexible. He aquí una muestra, en la escena de los últimos instantes del Conde Rolando.

"Rolando, el conde se halla yacente bajo un pino y con el rostro vuelto hacia el suelo español.

Muchas cosas, entonces, se vienen a su mente:

las tantísimas tierras que el bravo conquistó, la dulce Francia, aquellos hombres de su linaje, su señor Carlomagno, que le dio su sustento; no puede contener su llanto y sus suspiros.

Mas, no quiere olvidarse tampoco de sí mismo y confiesa sus culpas y ruega a nuestro Dios:

—"Mi padre verdadero, tú que nunca has mentido, tú que de entre los muertos levantaste a San Lázaro y a Daniel, en el foso de leones salvaste, salva a mi alma, Señor, de todos los peligros que causaron las faltas que cometí en mi vida".

El guante de su diestra ha ofendido al Señor y San Gabriel el guante recibió de su mano.

Sobre su brazo el conde reclina su cabeza, vengo a encontrar la muerte con ambas manos juntas."

La versión de Braulio Arenas ha tenido presente, y eso es un mérito más, la transposición a francés moderno realizada por el admirable Joseph Bédier, a quien tanto debe la literatura de su patria y que actualizó, con don poético, sorprendente, los viejos poemas medievales de su lengua. Junto a "La Chanson de Roland", modernizada por Bédier, es preciso re-

cordar que también a él cabe la bellísima, extraordinaria versión de "Tristán e Isolda", cuya traducción hiciera a una prosa musical, perfecta, hace más de un cuarto de siglo Alone.

El pulcro y hermoso trabajo de Braulio Arenas vuelve a plantear una de las discusiones que más ha animado el examen de esta literatura legendaria y caballeresca: la de si es obra de un solo gran poeta o si es la síntesis final de una serie de esbozos de muchos narradores o juglares, cuya culminación se logra en un creador magistral y superior.

Bédier ha sostenido la primera tesis, pero más convincentes nos parecen los análisis de don Ramón Menéndez Pidal, con su afirmación cada vez más corroborada por ulteriores investigaciones, de que las ideas o temas de tales epopeyas brotan y se propagan anónimamente y quedan en un "estado latente" o virtual, desde el cual llegan al artista eximio que les imprime la forma y el toque definitivo.

"La crisis individualista, —como afirma el gran filólogo—, resulta ciega; no percibe la perdurable continuidad de la poesía oral; no tiene oídos para oír el delicado canto a media voz, que rompe el silencio de los siglos en muy variados documentos, aunque dé a veces nistas a pulmón lleno". Y concluye: "El individualismo, al no tener en cuenta muy largos siglos de latencia, no sólo en la épica, sino también en la lírica, borra de la historia literaria toda una edad de poesía anónima y colectiva".

El pueblo, aparece, así, como un inmenso poeta sin rostro, pero por cuya garganta estremecida van pasando los hechos y los siglos y convirtiéndose en ritmo, en palabra musical, en creación poética. No hay separación ni ruptura con los grandes poetas cuyo rostro y cuyo nombre llegamos a conocer: hay solamente una incorporación paulatina de voces a un único canto. Balbucido, silabeado, entonado casi en un susurro, va creciendo, proliferando, multiplicándose, hasta estallar en esa explosión épica que traspasa toda el alma de una nación y de una época a los siglos que más tarde la recibirán jubilosos y embriagados.

Este colectivismo, en contraposición con el otro de cuño materialista, es herencia personal, obra individual, en cuya suma última pueblo y poetas, hombres identificados o barrocos y anónimos, exhalan las estrofas inmortales.

Fernando Durán V.

66.0307

El cantar de Rolando, una versión de Braulio Arenas [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El cantar de Rolando, una versión de Braulio Arenas [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile